



CRAIG RUSSELL

El Señor del Carnaval



El Señor del Carnaval, un sanguinario asesino en serie con intención de convertir en tragedia la fiesta que todos ansían, es el objetivo del *Hauptkommissar* Jan Fabel.

El Señor del Carnaval

Craig Russell

Traducción de Mar Vidal

Rocaeditorial

Título original: *The Carnival Master*
Copyright © 2008 Craig Russell

Primera edición: febrero de 2009

© de la traducción: Mar Vidal
© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.
Marquès de la Argentera, 17, Pral.
08003 Barcelona
info@rocaeditorial.com
www.rocaeditorial.com

Impreso por Brosmac, S.L.
Carretera de Villaviciosa - Móstoles, km 1
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-92.429-79-0
Depósito legal: M. 57.530-2008

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Para Holger y Lotte

El carnaval de Colonia es una tradición que se remonta a la fundación de la ciudad por parte de los romanos. Sus raíces yacen probablemente en el oscuro pasado pagano de los celtas, que habitaron la zona antes de la llegada de los invasores germanos y romanos.

Durante el carnaval, el caos sustituye al orden; la abstinencia de la Cuaresma viene precedida por el abandono y la indulgencia. Es un momento en el que el mundo está cabeza abajo; un tiempo en que todas las personas pueden convertirse, por unas horas, en seres distintos.

El Señor del Carnaval es el Prinz Karneval, también conocido como *seine Tollität*, «Su Altísima Locura». El Prinz Karneval tiene la protección del Prinzengarde, su guardaespaldas personal.

La palabra alemana *Karneval* procede del latín *carne vale*, «despedida de la carne».

Prólogo

*Weiberfastnacht - Noche del carnaval de las Mujeres.
Colonia. Enero de 1999*

Locura. Por todas partes donde miraba reinaba la insensatez. Corrió por entre las masas de dementes. Miró a su alrededor furiosamente en busca de cobijo: un lugar en donde refugiarse entre los cuerdos. La música retumbaba y aullaba sin piedad, llenando la noche de una alegría aterradora. Ahora la muchedumbre era más densa. Más gente, más locura. Se abrió paso a empujones entre ellos, alejándose siempre de las dos enormes agujas que se levantaban en medio del tumulto callejero, negras y amenazadoras en la noche. Huyendo siempre del payaso.

13

Tropezó al bajar corriendo las escaleras, más allá de la estación central de trenes. A través de una plaza; más y más lejos. Rodeada todavía por los rostros estridentes, burlones y risueños de los locos.

Chocó contra un puñado de figuras que se agolpaban frente a un puesto en el que vendían *currywurst* y cerveza. Estaba el antiguo canciller, Helmut Kohl, con un pañal lleno de marcos alemanes, riéndose y bromeando con tres Elvis Presleys. Había también un caballero medieval que se esforzaba por comerse su *hotdog* a través de un visor que se resistía a mantenerse erguido. Y un dinosaurio. Y un vaquero. Y Luis XIV. Pero no había ningún payaso.

Giró sobre sí misma. Observó la multitud de cuerpos que ahora le cerraban el paso. Ni rastro del payaso. Uno de los Elvis del puesto de cervezas se acercó tambaleándose hacia ella. Le cerró el paso y le rodeó la cintura con un brazo; le dijo algo

subido de tono y amortiguado por el látex. Ella lo apartó de un empujón y Elvis chocó contra el dinosaurio.

—¡Estáis locos! —les gritó—. ¡Estáis todos locos! Ellos se rieron. Siguió corriendo hacia una parte de la ciudad que desconocía. Allí había menos gente. Las calles se habían hecho más estrechas y la cercaban. Entonces se encontró sola en una angosta calle adoquinada, oscura y apretujada entre dos hileras de edificios de cuatro pisos de altura con ventanas negras. Se ocultó bajo una sombra y trató de recobrar el control de su respiración. Seguía oyéndose con fuerza el sonido del lejano centro urbano: una música alegre y alocada que se entremezclaba con el griterío escandaloso de los desquiciados. Trató de distinguir a través del ruido el sonido de los pasos. Nada. Permaneció refugiada en la sombra, con la tranquilizadora solidez del bloque de apartamentos a su espalda.

Todavía ni rastro del payaso. Ningún payaso de las pesadillas de sus sueños de infancia. Lo había perdido.

14 No tenía ni idea de dónde estaba: todas las direcciones le parecían idénticas, pero seguiría escapando del ruido maníaco de la ciudad, de las amenazadoras y negras agujas. El corazón le seguía latiendo con fuerza, pero ahora tenía la respiración bajo control. Avanzaba por la calle pegada a la pared. La música y las risas escandalosas se iban apagando, pero de pronto se oyó un nuevo estruendo, cuando se abrió una puerta y una luz amarilla produjo el efecto de rebanar la calle. Volvió a refugiarse de nuevo en la sombra. Del bloque de apartamentos salieron tres cavernícolas y una bailaora de flamenco; dos de los neandertales acarreaban una caja de cervezas a medias. Se tambalearon en dirección al resto de locos. Ella se echó a llorar. A sollozar. No tenía escapatoria.

Vio una iglesia al final de la calle, una iglesia enorme que se levantaba apretujada sobre una plaza adoquinada. Era una construcción románica que algún día debía de haber estado allí, majestuosa, rodeada de campos y jardines. Pero, con el paso de los siglos, la ciudad la había ido cercando y ahora estaba embutida entre edificios de apartamentos, como si se tratara de un obispo acosado por los mendigos. A su lado se apretujaba una rectoría, y al otro lado de la mísera plaza había un bar-restaurante. Evitaría el bar; se refugiaría en la rectoría. Se encaminó

hacia la misma y de pronto se sobresaltó ante la imagen de una pequeña, frágil y asustada hada de alas rotas que asomaba sobre el escudo negro del escaparate de una carnicería. Era su reflejo. Su reflejo colgado entre las estrellas pegadas en la pizarra de ofertas especiales de buey y cerdo.

Alcanzó la esquina de la iglesia. Se levantaba oscura y austera en el frío cielo nocturno. Hizo girar el pesado picaporte de hierro y se apoyó contra la puerta, pero ésta no cedió. Se dirigió hacia la rectoría.

La sorprendió, apareciendo delante de ella desde donde la había estado esperando, oculto, a la vuelta de la esquina de la iglesia. Su cara parecía blanco azulada bajo la tenue luz de la calle, y su pintarrajeada sonrisa era de un color granate oscuro. De su cabeza calva colgaban dos mechones de pelo verde formando un ángulo ridículo. Ella trató de gritar, pero no emitió ningún sonido. Lo miró a los ojos: fríos, muertos y duros bajo los cómicos arcos de las cejas pintadas de negro. Estaba paralizada. Era incapaz de gritar, de encontrar las fuerzas para liberarse y salir corriendo. La mano de él, enfundada en un guante de fieltro azul eléctrico, la atrapó y la sujetó por la garganta. La empujó contra la pared, hacia las sombras, y la levantó hasta tenerla de puntillas. Con un solo movimiento de la mano libre hizo un lazo con el enorme bolsillo cosido en su abrigo y se lo puso alrededor del cuello.

Ahora ella luchaba. La soga le quemaba la piel, le apretaba las arterias del cuello, le cerraba las vías respiratorias. A sus pulmones encendidos no llegaba el aire. La cabeza le flotaba. El mundo se le apagó. Y mientras él le apretaba la cuerda alrededor del cuello, lo único que podía hacer era mirarle a la cara.

La grotesca cara de payaso.

Primera parte

Diario del payaso. Primera entrada.
fecha: 11.11 am 11 de noviembre

PASAN ONCE MINUTOS DE LAS ONCE ES EL UNDÉCIMO DÍA DEL
UNDÉCIMO MES VUELVO A ESTAR DESPIERTO DE NUEVO DESPIERTO
soy el PAYASO de nuevo y estoy despierto SI QUIEREN CAOS LES DARÉ CAOS
soy lo que soy las vacas sólo comen hierba los koalas sólo comen hojas de
eucalipto los pandas sólo comen bambú ~~las vacas solo comen hierba los~~
~~koalas solo comen hojas de eucalipto los pandas solo comen bambú~~ yo sólo como
personas soy lo que soy y sólo como lo que como sólo como a gente he pegado
algunas fotos en mi diario para recordar bonitas fotos la carne cortada la
carne cociéndose carne comiendo carne ideas tantas ideas mordiendo
comiendo come mata come hoy vuelvo a ser el PAYASO de nuevo despierto de
nuevo es raro volver a estar despierto hace tanto desde la última vez que
estuve despierto maté a la puta y luego me la comí ~~pero no me la follé no~~
~~follé nunca no juegues con tu comida quieren follar pero no que te las comas~~
limitate a matar y a comerte a la puta son todas unas putas putas putas si
estoy despierto quiere decir que el CARNAVAL va a ser muy pronto pronto
CARNAVAL carnal carnicería OSARIO CARNÍVORO SI QUIEREN CAOS YO
LES DARÉ CAOS soy el payaso del CARNAVAL pero nadie se ríe sólo tienen
miedo miedo cuando me pinto la cara me pinto la sonrisa una sonrisa ancha
y cortante ellos ven la sonrisa la sonrisa bella y grande del payaso y los dientes
y se quedan quemados por mi sonrisa e indefensos y esperan a ser devorados
nadie se ríe del PAYASO yo los miro y luego los miro y luego encuentro un
lugar en el que esconderme de ellos y luego los asalto y me ven y gritan pero no
se ríen y luego los estrangulo y los corto y me los como y me pongo fuerte tan

CRAIG RUSSELL

fuerte y cuanto más fuerte me hago más tiempo puedo quedarme despierto volveré a matar y a comer de nuevo y llevaré la cara de payaso y cuando ellos miran a la cara de payaso no pueden correr ni moverse tienen tanto miedo que se quedan pasmados y se quedan impotentes porque la sonrisa del payaso la sonrisa del payaso es todopoderosa y ellos no son nada SE CONVIERTEN EN MI COMIDA no sé cuántos años tengo soy viejo más viejo me siento como si hubiera vivido sólo un día o cien años he vivido y comido durante mucho tiempo pero estos sueños tan largos en medio recuerdo el último la última comida carnaval se acerca de hecho estoy seguro de ello huelo cómo se acerca es como cuando hueles la carne cocinándose en algún lugar lejano y el aroma se acerca a ti con la brisa y tan sólo lo hueles un segundo y desaparece pero te provoca tanta hambre así es como es huelo el CARNAVAL que se acerca cerca dormido tanto tiempo ahora estoy despierto y soy el payaso y no tengo que compartir ESTARÉ DESPIERTO PARA SIEMPRE Y CADA DÍA SERÁ CARNAVAL y yo seré el payaso siempre y siempre y me sentiré real no como si me estuviera contemplando he dormido tanto tiempo y tan profundo y lejos del mundo pero ahora estoy despierto pensando más claro y ~~es~~ soy yo quien tiene el control es mi tiempo y el otro ya no tiene el control el otro trata de negarme trata de fingir que no existo y a veces me siento como si no existiera pero sí existo y ~~tengo dientes~~ por qué los otros encuentran tan repulsivo lo que hago me encuentran tan repulsivo yo soy el PAYASO y estoy hecho de carne de hierro y como carne tengo dientes y una lengua y unas tripas y me moriría si no comiera todos tienen que comer para sobrevivir y algunos sólo pueden sobrevivir comiendo sólo un tipo de comida las vacas sólo comen hierba los koalas sólo comen hojas de eucalipto los pandas sólo comen bambú y yo sólo como personas es así de sencillo y si no me comiera la carne de los demás me debilitaría y me moriría y yo soy el PAYASO y debo conservarme fuerte pronto me llegará el momento de pintarme la CARA DE PAYASO les llevaré el caos llevo dormido tanto tiempo y tengo hambre

Capítulo uno

14 - 16 de enero

1

El comandante del Equipo de Ataque Táctico MEK pareció sorprenderse al ver a Fabel agachado a su lado, al amparo del gran furgón blindado.

—Estaba por la zona y he oído el aviso —explicó Fabel, anticipándose a su pregunta. Levantó la vista hacia el bloque de apartamentos de cuatro pisos, blanco sobre el cielo azul de invierno immaculado y alegre, con pensamientos de invierno en los balcones. Había coches de gama media aparcados en el exterior. Oficiales del MEK armados hasta los dientes y con uniformes negros sacaban apresuradamente a los ocupantes del edificio por la puerta principal y por la calle hasta donde los policías uniformados de ordinario habían improvisado el perímetro de Jenfelderstrasse.

—Me dijeron que lo había dejado, Herr Kriminalhauptkommissar.

—Lo he dejado —dijo Fabel—. Ya he entregado mi renuncia. ¿Qué tenemos?

—Aviso de un altercado doméstico. Los vecinos han llamado a la policía. La primera unidad local acababa de llegar cuando oyeron disparos. Luego el tipo de dentro ha disparado al azar contra uno de los uniformados.

—¿Es vecino del edificio?

El comandante del MEK asintió con la cabeza enfundada en el casco.

—Aichinger, Georg Aichinger. El alboroto venía de su piso.

—¿Sabemos algo de él? —Fabel se deslizó dentro del mono blindado que le acababa de entregar un miembro del equipo MEK.

—No hay antecedentes. Según los vecinos, no había causado problemas hasta ahora. Al parecer era el vecino ideal. —El comandante del MEK frunció el ceño—. Tiene esposa y tres hijos. O tal vez los tenía. No ha habido mucho ruido en el apartamento desde los primeros disparos: cuatro tiros.

—¿Con qué arma?

—Por lo que hemos podido ver, un rifle deportivo. O lo hace con desgana o es un pésimo tirador. El idiota del primer coche patrulla que ha llegado se ha convertido en el objetivo perfecto cuando se ha precipitado corriendo escaleras arriba, pero Aichinger no le ha dado por un metro. Si quieres mi opinión, ha sido más bien un disparo de advertencia.

—Entonces, tal vez la familia siga viva.

El comandante se encogió de hombros dentro de su traje de Kevlar.

22

—Como le he dicho, desde entonces ha habido mucha tranquilidad. Tenemos a un negociador de camino.

Fabel asintió con el rostro preocupado.

—No puedo esperar. Voy a entrar a hablar con él. ¿Tiene un hombre que me pueda cubrir?

—No me parece bien, Herr Hauptkommissar. No estoy seguro de poder autorizarle a arriesgarse así. O, por la misma regla de tres, a que uno de mis hombres corra riesgos.

—Mire —dijo Fabel—, si la familia de Aichinger sigue con vida, el tiempo podría ser crucial. Puede que mientras esté hablando conmigo le impidamos que los mate.

—Ya están muertos... Y usted lo sabe, ¿verdad?

—Es posible, pero no tenemos nada que perder, ¿no? sencillamente, trataré de distraerlo hasta que llegue el negociador.

—Está bien, pero que conste que discrepo. Ya tengo a dos hombres apostados en el descansillo del apartamento, mandaré a otro para que suba con usted. Pero si Aichinger no da muestras de querer hablar, o si no hay ningún síntoma de que la situación se pone en marcha, le quiero directamente fuera de ahí. —El comandante del MEK le hizo un gesto con la cabeza a

uno de los hombres de su equipo—. Acompañe al Hauptkommissar.

—¿Cómo se llama? —Fabel examinó al patrullero MEK: joven, con el cuerpo musculoso bajo el mono blindado; la mirada brillante y llena de emoción. Era de la nueva camada: más soldado que policía.

—Breidenbach. Stefan Breidenbach.

—Está bien, Stefan. Subamos y veamos si podemos convencerlo de no tener que usar esto. —Fabel hizo un gesto hacia la pistola automática Heckler and Koch que el hombre del MEK sostenía contra su pecho—. Y recuerde: estamos ante una negociación con rehenes y una posible escena del crimen, no en una zona de guerra.

Breidenbach asintió con fuerza, sin esforzarse por ocultar su disgusto ante el comentario de Fabel. Éste le dejó que dirigiera la entrada al edificio y el ascenso por las escaleras. El apartamento de Aichinger estaba en la segunda planta, donde ya había dos hombres del MEK apostados, apoyados contra la pared, con los rostros ocultos tras los cascos, las gafas protectoras y las máscaras antigás.

—¿Alguna novedad? —preguntó Fabel al patrulla que estaba arriba en las escaleras.

El tipo negó con la cabeza.

—Todo tranquilo. Temo que estemos ante un múltiple asesinato. Ni gritos, ni movimiento; nada.

—De acuerdo. —Fabel bordeó el descansillo mientras Breidenbach acercaba su arma a la puerta cerrada del apartamento.

—Herr Aichinger... —llamó Fabel hacia el apartamento—. Herr Aichinger, soy el Kriminalhauptkommissar Fabel de la Policía de Hamburgo.

Silencio.

—Herr Aichinger, ¿me oye? —Fabel esperó un momento la respuesta que no llegó—. Herr Aichinger, ¿hay alguien herido ahí dentro? ¿Hay alguien que necesite ayuda?

Silencio de nuevo, pero ahora una sombra apenas visible se movió tras el cristal ahumado de la ventanita cuadrada que había en la puerta del apartamento. Breidenbach ajustó su objetivo y Fabel levantó una mano pidiendo cautela al joven del MEK.

—Herr Aichinger, queremos... quiero ayudarlo. Se ha metido en una situación complicada y sé que ahora mismo no es capaz de ver la salida. Le entiendo. Pero siempre hay una salida. Puedo ayudarlo.

De nuevo no hubo ninguna respuesta, pero Fabel oyó el sonido del pestillo de la puerta, que se abrió unos pocos centímetros. Los tres patrullas del MEK se echaron hacia delante, con sus objetivos fijados en la puerta abierta. Fabel frunció el ceño hacia los tres hombres, en un gesto de advertencia.

—¿Quiere que entre, Herr Aichinger? ¿Quiere hablar conmigo?

—¡No! —le dijo Breidenbach entre dientes—. No puede entrar ahí.

Fabel le hizo un gesto de desacuerdo con la cabeza. Breidenbach se le acercó más:

—No puedo dejar que se ofrezca como rehén. Creo que debería irse, Herr Hauptkommissar.

—¡Tengo una pistola! —afirmó la voz desde el interior, tensa por el miedo.

—Somos muy conscientes de ello, Herr Aichinger —dijo Fabel por la rendija de la puerta entreabierta—. Y mientras esté usted en posesión de esa arma, se pondrá en una situación de gran peligro. Por favor, deslícela por la puerta y así podremos hablar.

—No. No lo haré. Pero puede entrar usted. Poco a poco. Si quiere hablar conmigo, entre.

Breidenbach negó vigorosamente con la cabeza.

—Escuche, Herr Aichinger —dijo Fabel—, no voy a fingir que no estamos ante una situación muy complicada, pero la podemos resolver sin que nadie se haga daño. Y lo podemos hacer paso a paso, con cuidado. Debo decirle que aquí afuera tengo a unos agentes armados. Si creen que estoy en peligro, dispararán. Y estoy convencido de que si usted cree que está en peligro hará lo mismo. Lo que tenemos que hacer es alejarnos de esta situación, pero lo tenemos que hacer paso a paso. ¿Está de acuerdo?

Hubo una pausa. Y luego:

—No quiero ninguna solución. Me quiero morir.

—Eso es absurdo, Herr Aichinger. No hay nada... ningún problema... tan desesperado que sea mejor morir.

Fabel miró a los hombres del MEK que lo rodeaban. En su

mente pudo visualizar con claridad que dentro de aquel apartamento habría tres niños muertos y una esposa muerta. Y si Aichinger estaba decidido a morirse, entonces esto podría acabar con un «suicidio asistido por la policía». Lo único que tenía que hacer era salir corriendo al descansillo blandiendo la pistola y Breidenbach y sus colegas estarían encantados de completar el trabajo.

En algún lugar del apartamento sonó un teléfono. Sonó y sonó. Era obvio que había llegado el negociador.

—¿No debería cogerlo? —preguntó Fabel por la rendija de la puerta.

—No. Es una trampa.

—No es ninguna trampa. Es ayuda. Será uno de mis compañeros, alguien que puede ayudarle de verdad.

—Sólo hablaré con usted.

Fabel ignoró la mirada de reproche de Breidenbach.

—Escúcheme, Herr Aichinger. La persona al otro lado de la línea está mucho más cualificada que yo para ayudarle a salir de esta situación.

—He dicho que sólo hablaré con usted. Sé que quienquiera que esté llamando sólo tratará de soltarme el rollo para vencerme de que es mi mejor amigo. Hablaré con usted, sólo con usted. Sé quién es, Herr Fabel. Es quien resolvió aquellos asesinatos del año pasado.

—Herr Aichinger, quiero que abra la puerta para que podamos hablar cara a cara.

Fabel no hizo caso de las frenéticas indicaciones gestuales de Breidenbach.

—Me dispararán.

—No, no lo harán... —Fabel sintió la necesidad de mirar intencionadamente a Breidenbach—. Les ordenaré que no disparen a menos que lo haga usted. Se lo ruego, Herr Aichinger, abra la puerta.

Hubo un largo silencio.

—¿Herr Aichinger?

—Estoy pensando.

De nuevo una pausa. Entonces apareció la punta del cañón del rifle de Aichinger mientras empujaba la puerta, hasta abrirla de par en par.

—Voy a entrar y me pondré donde usted pueda verme, Herr Aichinger. No voy armado.

Uno de los patrullas del MEK cogió a Fabel por la manga de la chaqueta mientras avanzaba hacia la puerta, pero él se deshizo de un tirón. El corazón de Fabel latía con fuerza mientras gastaba cada segundo cargado de adrenalina en asimilar todo lo que podía. El hombre que había en el recibidor era todo lo convencional que se puede ser: de treinta y muchos años, con el pelo oscuro, corto y engominado, tenía lo que Fabel describiría como rasgos sin marca; no era tanto una cara entre la multitud, sino la cara de la multitud. Una cara de esas que olvidas tan pronto como desaparece de tu vista. Georg Aichinger era alguien en quien jamás te fijarías. Excepto ahora. Aichinger sostenía entre las manos un rifle deportivo que parecía nuevo, pero no lo apuntaba hacia Fabel. Tenía los brazos tensos y el mentón levantado mientras se apuntaba con el cañón del rifle a su propia mandíbula. El pulgar le temblaba sobre el gatillo.

—Con cuidado —dijo Fabel, mientras levantaba una mano—. Tranquilo.

26

Miró más allá de Aichinger por el pasillo. Pudo ver, proyectándose hacia el umbral de la puerta, los pies de alguien tendido en el suelo del salón. Unos pies pequeños, de niño. «Mierda —pensó—. El comandante del MEK tenía razón.»

—Georg, déjelo. Por favor... deme el arma.

El paso hacia delante de Fabel incrementó la tensión de Aichinger. El pulgar del gatillo dejó de temblar.

—Si se acerca, disparo. Me mataré.

Fabel se volvió de nuevo a mirar los pies del niño y se sintió mareado ante aquella visión. En aquel momento dejó de importarle si Aichinger se volaba los sesos. Y entonces lo vio. Leve. Tan leve que podría habersele pasado por alto. Pero no. Un pequeño movimiento.

—Georg... Los niños. Su esposa. Déjenos llegar hasta ellos y ayudarlos. —Fabel oyó a alguien avanzar por la puerta detrás de él. Se volvió y vio que Breidenbach tenía su arma apuntando a la cabeza de Aichinger—. ¡Baje el arma! —le conminó Fabel entre dientes. Breidenbach no se movió—. Por el amor de Dios, ya hay un arma apuntándole... la suya. Ahora baje el arma... es una orden.

Breidenbach bajó su rifle automático ligeramente. Fabel se volvió de nuevo hacia Aichinger.

—Su mujer, sus hijos... ¿Los ha herido? ¿Ha hecho daño a sus niños, Georg?

—Nada tiene sentido —dijo Aichinger como si no hubiera oído a Fabel—. De pronto, me he dado cuenta de que nada tiene ya ningún sentido. Últimamente he estado pensando mucho en ello, pero esta mañana me he despertado y he tenido la sensación de que... bueno, de que yo no era real. De que no tengo una verdadera identidad, como si fuera un personaje de una película mala, o algo así. —Aichinger hizo una pausa, con el ceño fruncido como si estuviera explicando algo que ni siquiera él mismo fuera capaz de comprender del todo—. En mi cabeza, cuando era niño, tenía a esa persona; la persona que iba a ser. Y luego resultó que no soy esa persona. Que no soy quien se supone que debería ser, soy alguien distinto. —Hizo una pausa. Fabel escuchó el silencio, tratando de distinguir cualquier sonido de la habitación de atrás—. Es todo una locura —Aichinger continuó con su discurso—. Quiero decir, la manera como vivimos nuestras vidas. Es absurdo. Las cosas que ocurren a nuestro alrededor son una mierda, un caos. Nada de todo esto tiene sentido... Mire a su colega; está impaciente por meterme una bala en la cabeza. Usted está aquí porque yo tengo una pistola y amenazo con usarla. Él tiene una pistola y también amenaza con usarla. Pero lo suyo es aceptable. ¿Por qué? Porque él es policía. Se supone que debe mantener el orden. Excepto que no es orden.

—Georg... —Fabel miró más allá de Aichinger y pasillo abajo para ver si podía distinguir los piecitos moviéndose de nuevo—. Los niños...

—¿Sabe cómo me gano la vida, Herr Fabel? Soy «agente de colocación». Eso significa que estoy en una oficina la mayor parte de las horas que paso despierto y encuentro a gente para llenar otras oficinas de otras empresas. Es la manera más idiota de perder la vida, y eso es mi vida. Ésa es la persona en la que me he convertido. Soy un pequeño hámster en su rueda buscando a otros hámsteres para otras ruedas. Proporciono la carne para alimentar la gran máquina corporativa de hacer picadillo. Eso es en lo que empleo mi vida. ¿Qué sentido tiene?

Treinta y pico horas a la semana. Lo he calculado... Para cuando me jubile, habré pasado casi cuarenta mil horas sentado en ese despacho. Cuarenta mil. Es una locura. Siempre he intentado hacer las cosas bien, Herr Fabel, siempre. Era lo que se esperaba de mí: que jugara el juego según las normas. «Todo lo demás es caos», me decían. Pero nada de esto tiene sentido, ¿no lo ve usted? Todas las cosas que me he perdido, los lugares en los que no he estado... —La cara de Aichinger se llenó de lágrimas. Fabel intentó comprender lo que decía; dilucidar qué había provocado un dolor tan monumental—. Es todo una ilusión. Vivimos vidas pequeñas y ridículas; vivimos en cajas, trabajamos en cajas; nos entregamos a empleos sin sentido y luego, simplemente, nos morimos. Y todo porque es la forma que creemos que debe ser. Pensamos que la estabilidad y el orden son eso. Pero un día me desperté y vi este mundo como lo que es: una locura. No tiene nada de racional ni de real ni de vital. Esto es el caos, la anarquía. Bueno, pues yo lo he hecho: le he dado la vuelta de arriba abajo. Esto no soy yo. Tiene que creerme: esto no soy yo. No quiero seguir formando parte de esto.

28

—No lo entiendo —Fabel le tendió la mano, lentamente—. Deme el rifle, Georg. Me lo puede explicar a mí. Podemos hablar de ello, encontrar soluciones.

—¿Soluciones? —Aichinger esbozó una sonrisa triste. Fabel tuvo la impresión de que en aquella sonrisa había una gratitud sincera pero dolorosa. La postura de Aichinger se relajó; el pulgar que tenía en el gatillo dejó de temblar—. Me alegro de que haya sido usted, Herr Fabel. Sé que cuando piense sobre lo que le he dicho, lo comprenderá. Al menos usted hace algo: hay algún sentido, algún significado, cada día en que usted despierta. Salva usted a gente, la protege. Me alegro de que haya sido usted con quien me he podido explicar. Dígaselo a todo el mundo... dígalos que no podía vivir siendo otro, y que lo siento.

El sonido del disparo quedó amortiguado por la carne bajo la mandíbula de Aichinger apretada contra el cañón. De la coronilla de su cabeza cayó un hilillo de sangre, fragmentos de hueso y trozos de cerebro, y las piernas se doblaron bajo su peso.

Fabel saltó por encima del cuerpo y corrió hacia el salón. Hacia los piecitos del umbral.